



UN HOMBRE, UN GRAN AMOR, UN MISTERIO

EL

MISTERIO

DEL

ISLANDÉS

REBECA SOLZ

EL MISTERIO DEL ISLANDÉS

Rebeca Solz

EL MISTERIO DEL ISLANDÉS

Un hombre, un gran amor, un misterio

©Rebeca Solz

Primera edición digital, julio 2018

© Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente prohibidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler de la obra o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Rebeca Solz vive en la actualidad en Los Ángeles. Es escritora y periodista. Desde hace diez años se dedica a escribir con gran éxito novelas románticas de misterio.

A las auroras boreales,
que iluminan nuestros cielos.

ÍNDICE

1. AQUELLOS DÍAS EN CROACIA
 2. TRAVESÍA HACIA ISLANDIA
 3. REGRESO A INGLATERRA
 4. ¿QUIÉN ES ADAM BAERINGSSON?
 5. EL HOMBRE MISTERIOSO
 6. LAS MUJERES DEL ISLANDÉS
 7. UNA EXPLICACIÓN NECESARIA
- EPÍLOGO

1. AQUELLOS DÍAS EN CROACIA

1

Desde la baranda del barco, y pertrechada con un grueso abrigo, gorro y bufanda a juego para protegerme adecuadamente del helor nórdico, contemplé el bellissimo horizonte que se abría ante mis ojos. Una amplia mancha verde bordeaba la costa y sus recodos de piedra. Yo observaba cada mañana el agua rebotando con fuerza en sus rocas, dejando una densa espuma grisácea sobre las olas del mar. Recostada en su reflejo, y en aquellas idas y venidas violentas, mi espíritu encontraba el sosiego pedido durante tanto tiempo.

Nos acercábamos a Islandia. Arribábamos a un islote que quedaba dibujado en medio del océano como una mancha esmeralda. Llegábamos y, aunque nadie nos esperara allí, tampoco nadie quería perderse el espectáculo de ver la tierra de los dueños del mar en épocas remotas, de aquellos aguerridos y poderosos vikingos.

Un hermosísimo país que, como el resto de Escandinavia, hablaba en sus sagas mitológicas de siglos de leyendas, dioses y héroes ancestrales.

Agarré mi cámara de fotos, pero desistí de inmortalizar lo que estaba descubriendo. Después de todo, prefería

disfrutarlo en vivo y no perderme ese instante a cambio de perpetuarlo en un simple papel o en un triste USB. Quizá después aquella foto quedara en un cajón para siempre, o enterrada en su formato digital, así que elegí, simplemente, contemplar con los cinco sentidos lo que tenía delante. Era uno de los aprendizajes que quería llevar a cabo en ese lapso de tiempo que me regalaba a mí misma: disfrutar el instante, sentir con intensidad cada segundo. Reír con ganas, soñar despierta, volar. Solo volar.

¿No es eso, en realidad, intentar ser feliz?

Ajusté los gruesos guantes y me abracé a mí misma en un recogimiento que me diera calor. Estaba allí y me sentía a gusto. Era como encontrar la dicha al fin.

Me invadió de pronto una ligera y pegajosa tristeza, que al momento derivó en alivio. Sí, había llegado hasta allí sola, después de un largo camino y muchas vicisitudes, pero consciente ya de lo que quería y de lo que no. Y con un ardiente deseo de tranquilidad y de búsqueda de algo de paz para mi alma.

Miré alrededor y, por un instante, recordé el último año pasado, en pequeñas secuencias que se colaron como diminutos polizones en mi cerebro. Escenas caóticas, sin orden alguno, que supe recomponer en mi propia película; aquella en la que era la protagonista.

Un año. Cuatro estaciones, con sus semanas y sus días fríos, calurosos o tibios. Y sus noches de soledad o de dichosa libertad.

Todo comenzó hacía exactamente un poco más, unos trece meses, y, durante todo este lapso de tiempo, mi vida dio un vuelco tan deseado como sorprendente. El rincón

elegido por el destino para el inicio de todo no podía ser, a su vez, una ciudad más asombrosa: Dubrovnik, la vieja y sufrida Dubrovnik, a orillas del mar Adriático, con la magia de sus fortificaciones cercándola y sus calles convertidas en hervideros de turistas.

Un lugar marcado en mi vida sentimental por ser el destino de mi luna de miel y, tras catorce años, también el de mi divorcio. Un marido que me invitaba a conmemorar al otro lado de Europa el aniversario de boda, catorce años después de que se celebrara en una pintoresca iglesia del noroeste de Inglaterra.

Y una esposa, yo misma, que deseaba dar carpetazo a una relación que ya no funcionaba. Nueva vida, que observaba con ilusión desde la cubierta de un enorme trasatlántico, el *Island*.

El aire era frío en la cubierta del barco. Un hielo que se colaba por las rendijas de los huesos y hacía tiritar hasta sus tuétanos.

Nos acercamos a tierra, rompiendo a grandes brazadas los muros azules del mar. Tras algunas jornadas sin divisar más que aguas bravas y oscuras, el nuevo panorama del horizonte suponía una agradable tregua a los ojos.

Oteé la línea de cabezas.

No solo me interesa el panorama verde y azul que se descubría ante mí. Había otras cosas que acaparaban toda mi atención, aunque tratara de disimularlo.

A mi lado, una amiga de la infancia reía con la boca llena de alegría ante el paisaje, y otras decenas de pasajeros hacían lo mismo y con la misma intensidad. La sonrisa de Susan era franca, amplia, que dejaba ver, tras sus labios

carnosos, los dientes grandes y alineados. Su compañía me hacía siempre bien. Estaba ahí, conmigo. Le apreté la mano, agradeciéndole a mi manera su cercanía.

Era el fin del trayecto de esta primera parte del crucero.

Bullía en mi interior la sensación de haber superado la tristeza y encaminarme hacia sentimientos de armonía y equilibrio. Lo que iba a encontrar, sin embargo, aventajaba con mucho todo aquello.

Aún no lo he dicho: me llamo Tess y estoy cruzando el océano para olvidar un desengaño y perseguir mi sueño: ser fotógrafa de viajes.

2

Ocurrió tras un aniversario que estuvo a años luz de lo que esperaba. O quizá es que, hasta entonces, había sido demasiado ingenua y aún creía que las historias de amor no caducan, que son incombustibles a las infidelidades y al desgaste del paso del tiempo. Que permanecen intactas como algún día lo fueron en nuestros sueños.

Pero no es así. El tiempo te demuestra que no es así.

Quisimos Bernard y yo que aquel viaje a Croacia recompusiera lo que ya estaba roto, y a ello nos esforzamos con ahínco. Al menos, los primeros días. Paseábamos a menudo solos, y otras veces lo hacíamos en grupo para disimular esa soledad. O para mitigarla. En el fondo, era lo mismo.

—Nos encontramos en una de las calles más representativas de la lucha por la supervivencia de un pueblo tras la guerra contra Serbia.

Hacía un año, mi marido y yo escuchábamos al guía croata mezclados entre una veintena de personas de todas las nacionalidades que atendían las explicaciones del joven. El empeño de Bernard en volver al lugar, incluso al mismo

hotel donde nos casamos, me pareció correcto. Pero en cuanto puse un pie en la antigua Yugoslavia supe que aquello no había sido una buena idea. Llegar a un país destrozado por la guerra en un momento en el que mi matrimonio estaba destruido, me pareció una triste metáfora.

—¿Qué te pasa, querida?

Qué me pasaba. Ese era el *quid* de la cuestión, qué me pasaba.

Yo sabía bien lo que me pasaba.

La pregunta en aquel instante era otra: ¿lo sabía él?

—Las ruinas de la vieja ciudad conviven con la urbe de hoy... —prosiguió el guía, con aspecto de haber salido de la universidad hacía unos meses, y de pasarse el día pateando las calzadas de esta y otras ciudades para pagarse el piso de alquiler y un poco de comida con la que llenar la nevera.

Ruinas. Imaginé las balas silbando por encima de las cabezas de aquella pobre gente, gritando un sálvese quien pueda. Hasta me pareció escucharlos, con el fondo de los lloros de los niños pidiendo aliento a sus madres, y quizá explicación a lo que sucedía.

En medio de las piedras, pensé en mí.

Había perdido la ilusión. La ilusión por un matrimonio con un hombre al que nunca supe si amé. La ilusión por el trabajo en una tienda de moda que ya no me convencía. La ilusión de unos treinta y tantos años que me pesaban como si fueran en realidad ochenta.

Bernard James tenía veintiséis años más que yo, algo que no me importó cuando lo conocí. Era elegante, envolvente en la conquista y director de una más que solvente

empresa de automóviles en Bristol, al sudoeste de Inglaterra, que exportaba coches de lujo a medio planeta. Yo, apenas una niña.

Caí rendida a sus pies. No fue difícil. Aún no contaba con veinte años y tenía muchas ganas de comerme el mundo. Bernard me ofrecía una vida llena de exquisiteces, un precioso *Maserati* en la puerta, los mejores hoteles en las mejores ciudades, crucero alrededor del mundo dos veces al año y dinero para mis compras sin ninguna explicación. No sé si estuve enamorada de él, creo que sí, y nuestra diferencia de edad no me pareció ningún problema entonces. Nuestra intimidad era buena, y se mostraba cariñoso y atento.

—Tengo la suerte de haberme casado con la mujer más bella del mundo —me decía. Lo hicimos en una ceremonia a la que acudieron más de ochocientos invitados llegados de toda Inglaterra. La aristocracia más decadente de Europa estuvo presente en mi boda. También políticos, banqueros, empresarios, gigolós, famosos... Nadie quiso perderse la boda de Bernard James, el hombre hecho a sí mismo, con la empleada de una tienda de moda que hacía sus pinitos escribiendo para alguna revista de corte femenino. Después, un bonito crucero a vela por la Costa Azul me mostró que el mundo puede ser sorprendentemente bello, lleno de pasajes mágicos que te hacen olvidar que eres parte del planeta Tierra, que la pobreza existe, que millones de personas no tienen ni siquiera agua potable para beber. Olvidé también que la maldad y el crimen son un hecho, así como la trata de seres humanos y la humillación.